



Revelaciones de la Literatura a la Antropología

Renzo Pi Hugarte

RESUMEN

Lo que aquí abordaré no se refiere a la escritura antropológica, sino a la lectura antropológica que puede hacerse de una obra literaria. Sobre cómo un antropólogo escribe, o mejor cómo debería tal vez escribir, constituye una temática compleja y amplia que ya ha sido considerada varias veces y acaso un modelo sobre esta cuestión sea el trabajo de Clifford Gertz “El antropólogo como autor”, que también ha dado pábulo para apreciar la Antropología como un género literario.

En esta ocasión tenemos ante nosotros un texto absolutamente fantástico, ajeno por lo tanto a toda intención naturalística, que procura situar al lector en un ámbito por entero imaginario.

No quiero de ninguna manera ponerme de ejemplo de la manera en que esto puede hacerse, sino mostrar cómo una mente formada en la apreciación de los fenómenos culturales detecta tales cuestiones aún en un escrito irreal. Estas son por lo tanto consideraciones hechas a vuela pluma en tanto me embarcaba en una ficción del gran escritor francés Prosper Merimée (1803-1870)

Palabras clave: Antropología y literatura, charrúas, gauchos, Prosper Merimée, hemofagia

De relatos sobre charrúas y otros hallazgos

A lo que me quiero referir es a la manera en que un antropólogo aprecia una obra puramente literaria. No aludo solamente a textos literarios que contienen descripciones acuciosas y que por eso pueden leerse como trabajos etnográficos, tal como ha ocurrido respecto de los autores de la escuela naturalista, seguidores de Emile Zola (1840-1902).

Ahora que se han publicado los cuadernos de campo de este autor, plenos de observaciones cuidadosas y de entrevistas significativas a lo que se agregan planos, esquemas y dibujos, es decir, verdaderos diarios de un etnógrafo en el terreno, podemos apreciar cuánto de antropólogos tenían aquellos novelistas, llevados no por sus estudios y sus intenciones teóricas, sino por su sensibilidad para captar los personajes y su medio. Ahora parece increíble que los contemporáneos de Zola hicieran jácara de su labor sosteniendo que si quería escribir sobre los ferrocarrileros lo primero que hacía era subirse a una locomotora, ya que esto es lo que recomendamos a los alumnos que se quieren iniciara en la etnografía. Por supuesto que en este camino no debe dejarse de lado la historia o las historias parciales en que se mueven los personajes y que determinan lo que ellos son y cómo piensan. Si me inclino a los ejemplos latinoamericanos, debo recordar obras como “El mundo es ancho y ajeno” de Ciro Alegría o las novelas de Manuel Scorza, aunque éste con un aura de fantasía mayor, ya que no existen descripciones etnográficas tan convincentes de lo que son las culturas campesinas andinas modernas como las que se encuentran en esas obras.

Ni por asomo intento sugerir que la crítica literaria deba abandonar el análisis estilístico de una obra cualquiera. Sólo aspiro a proponer que así como se han hecho análisis psicológicos de los personajes de un relato o del autor que lo hizo a través de la manera cómo lo encaró, también pueden verse las obras de ficción del punto de vista general y específico de la cultura que tal obra refleje.

Ocurrió que rebuscando en escritos parisienses del siglo XIX en procura de hallar algo que de alguna manera reflejara la huella que pudo dejar en los intelectuales la presencia en París de los “salvajes” charrúas llevados allá por François de Curel en 1832 para exhibirlos como rarezas de una humanidad extinguida, di con un relato de Mérimée publicado a más de treinta años después de aquella presencia.

32 Es por demás conocido que Mérimée dejó una copiosa y valiosa obra literaria e histórica, que ha superado la implacable erosión del tiempo puesto que aún se reeditan –y no sólo en francés– varios de sus trabajos y especialmente sus novelas *Colomba* y *Carmen*; esta última, además, sirvió de argumento para la popularísima ópera de igual nombre de Georges Bizet compuesta en 1875.

Mérimée ocupó cargos de destaque: en 1831 fue nombrado Inspector de Monumentos Históricos; luego integró la Academia de Inscripciones y fue Senador en 1853. Su desempeño como Inspector de Monumentos Históricos le permitió obtener materiales para muchos de sus escritos: *Viaje al Mediodía de Francia*, *Viaje al Oeste de Francia*, *Viaje a Aubernia y Lemosin*, *Viaje a Córcega*, *Monumentos Históricos*, etc., así como para impulsar la reconstrucción de la Carcasona medieval que emprendió el célebre arquitecto restaurador Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc (1814-1879). Asimismo consolidó Mérimée un sólido saber sobre cuestiones históricas y arqueológicas y, naturalmente, literarias, mostrando un decidido interés por las culturas populares y sus lenguas, lo que puso de manifiesto en varias de sus obras y por supuesto, en aquella a la que nos hemos de referir especialmente: *Lokis*.

De la amplia y variada producción de Mérimée queremos poner la atención en ese cuento extenso –en rigor, una *nouvelle*– que vino a constituirse en un clásico dentro de la literatura referida a los vampiros: *Lokis* o *El manuscrito del profesor Wittembach*, que se publicó en la *Revue des deux Mondes* de París en septiembre de 1869. Mérimée habría de morir al año siguiente. En esta creación se incluye un trecho alusivo a los charrúas, aunque la acción se sitúa en el año 1866 y en Lituania. Parece indudable que Mérimée con este relato insertado en la trama de la narración principal, dejó volar su gusto por las bromas intelectuales. En este sentido, es oportuno recordar la superchería literaria que llevó a cabo –cuando tenía 24 años– al publicar como si fuera una recopilación de composiciones poéticas anónimas, *Guzla o selección de poemas*

líricos recogidos en Dalmacia, Bosnia, Croacia y Herzegovina; aunque esos poemas en rigor hubieran salido de su pluma, muchos eruditos los tomaron por verdaderas versiones rescatadas del acervo folklórico oral de esas tradiciones, al punto que hasta el renombrado poeta ruso Alexei Puschkin pidió autorización al editor Levrault para traducir algunos de esos poemas a su idioma. En *Lokis* Mérimée hace referencia a ese chasco efectuado en su juventud, al mostrar al protagonista el Dr. Wittenbach –que es un ilustrado lingüista alemán– engañado por una joven lituana quien le hace creer que lo que ella le recitaba, era una antigua balada de su pueblo, aunque en realidad se trataba tan sólo de la traducción que ella había hecho de un poema del escritor polaco Adam Mickiewicz.

En el relato mencionado, Wittenbach, profesor en Könisberg, cuenta en primera persona que habiendo sido encargado por una Sociedad Bíblica de traducir al lituano el *Evangelio según San Mateo*, se vio precisado a trasladarse a la Samogitia lituana donde contactó a quien sería su anfitrión y su informante principal sobre la lengua jmda o lituano más clásico y puro: el conde Szémioth, cuyo nombre constituye obviamente otra de las chanzas de Mérimée. Durante una cena en la residencia del conde, llevado por el azar de la conversación, el profesor Wittenbach relata su experiencia entre los charrúas del Uruguay y su acostumbramiento a la práctica de éstos y los gauchos de beber la sangre de sus caballos. Esto provoca el horror de las mujeres presentes, pero también el interés de Szémioth, todavía vampiro larvado, de quien se habrá de revelar su espantosa naturaleza al final del relato, cuando en su noche de bodas mate a su reciente desposada abriéndole la garganta a dentelladas, sorbiendo su sangre y desapareciendo después para siempre. Wittenbach explicará entonces con pedantesca erudición, que *lokis* es el nombre lituano del oso –terrible carnicero– y que por eso ha titulado así su historia.

Nuestro autor exhibe una precisa información al considerar que en Samogitia se conservaba el idioma lituano más incorrupto, el que presentaba mayores similitudes con el sánscrito, por lo que reflejaba mejor que cualquier otra lengua europea, los orígenes arios de éstas. Estuvo también en lo cierto al destacar que la lengua lituana era entonces hablada fundamentalmente por los campesinos y de hecho, era una lengua ágrafa. Aunque Mérimée ni siquiera lo sugiere, un úcase del Zar de Rusia –Lituania era entonces provincia de ese imperio– de 1864, había prohibido que se publicase nada en lituano. Esta medida motivada por el afán de rusificación, impidió por supuesto el desarrollo de una literatura nacional en Lituania –lo que ocurriría bastante más tarde– provocando una muy perjudicial situación de postergación cultural para los pocos que podían leer y escribir en lituano. Ese panorama llevó al profesor Wittenbach en el relato considerado, a plantearse la inutilidad de su tarea. (Esta reflexión, amén de la propia misión de Wittenbach, conforma un asombroso e inquietante paralelismo, ficticio pero exacto, de lo que serían en el siglo XX las tareas de los agentes del Instituto Lingüístico de Verano)¹

33

1. El Instituto Lingüístico de Verano (ILV) fue fundado hacia 1934, conjuntamente con “Traductores de la Biblia Wycliffe”, por Richard Legster y William Cameron Townsend –quien lo dirigió hasta la década de los 80– con el propósito según se explicitó en un documento interno de 1961, de “preparar jóvenes cristianos de ambos sexos y enviarlos a aproximadamente dos mil tribus cuyas lenguas no han sido transcritas a la escritura, para que éstas puedan tener nociones de las Escrituras, himnos cristianos y literatura y por lo menos, del Nuevo Testamento en su propia lengua”. El ILV ha sido dura e insistentemente censurado por los antropólogos especializados en poblaciones indígenas, por la futilidad de sus trabajos lingüísticos –aún para la finalidad que declaraba perseguir– y sobre todo por el efecto deculturativo de su presencia en los medios tribales; inclusive se han vinculado sus acciones con operaciones encubiertas de la CIA (v. Heinz Shulze *Los nuevos conquistadores: el ILV en América Latina*, Ed. CEDIS Quito 1981; y Jorge Trujillo *Los oscuros designios de Dios y del Imperio*, Ed. CIEDE Quito 1981). En este sentido, el antropólogo norteamericano Presley Norton, ha dicho: “Si los grupos tribales contactados y aculturados han ganado o perdido como consecuencia de las actividades del ILV, es motivo de larga discusión. Lo que no es motivo de discusión es la dilatada historia del

En lo que Mérimée se equivoca –o fuerza la situación en función del argumento de su relato– es en asignar una importante difusión al protestantismo entre la aristocracia lituana. En realidad, la pequeña nobleza lituana de arraigo rural –a la que pertenecía Szémioth en la ficción del cuento– estaba en extremo influenciada por la cultura polaca, al punto que empleaba el idioma polaco y en menor medida el alemán, abandonando su propio idioma. Por efecto de esa influencia, era católica, pues veía esta religión como un instrumento de liberación nacional frente a la ortodoxia impuesta por Rusia. El luteranismo en cambio, se había extendido desde la Prusia Oriental hacia Letonia, pero no hacia Lituania.

Y a propósito del conocimiento que de los charrúas manifiesta Mérimée, es posible pensar que éste, como hombre instruido y curioso, frecuentador de los ambientes elegantes del París de la época, hubiera visto a aquellos charrúas cuando fueron mostrados al público de esa ciudad y que por lo tanto guardara esa reminiscencia que años después le serviría para elaborar la historia del profesor Wittenbach. Lo que parece aún más seguro, es que debió conservar algunos de los artículos que la prensa de París publicó sobre los indios conducidos por de Curel. En este sentido, las consideraciones que Wittenbach hace respecto de la lengua charrúa, que dice dominar –fuera del absurdo de presentarla no como el habla de una sociedad tribal e igualitaria de cazadores, sino como la propia de una cultura que reconociera estrictas diferencias de rango– parecen caricaturizar las afirmaciones –también quiméricas– de Dumoutier, contenidas en el artículo que publicó en el tomo II del *Journal de la Société Phrénologique de Paris*, aparecido en 1833.

34 Puede además pensarse que la supuesta costumbre de los charrúas –y por consiguiente de los gauchos– de beber la sangre de sus cabalgaduras, Mérimée la haya tomado de la mención que hizo J. J. Virey en el artículo que publicó en el número del 19 de junio de 1833 de *L'Europe Littéraire*. En ese escrito Virey califica a los charrúas de “tártaros del Nuevo Mundo”, afirmando que al igual que aquellos asiáticos, “en caso de necesidad beben sangre con agrado”. A este respecto, Virey expone una fantástica teoría sobre el “carácter moral” de estos indios, conjeturando que sus hábitos gastronómicos de impenitentes carnívoros eran los responsables de su índole feroz, al tiempo que los compara con los vegetarianos de la India y con los cultivadores guaraníes, en los que destaca la dulzura de su temperamento. Precisamente, ese parangón entre indios cazadores de esta parte del mundo y pastores esteparios, de tosca inspiración etnográfica, Mérimée lo pone en su cuento en boca de uno de los contertulios que conversaban sobre los pueblos que bebían sangre: el general Velianikov, quien apunta que tal práctica existía entre los calmuco. De la misma manera hubiera podido señalar que otros pueblos de las extensas planicies rusas y siberianas –yakutos, kirguizes, otros– también aplacaban la sed en las largas travesías sangrando sus caballos². Cabe agregar que como en la época de Mérimée la etnografía del África estaba aún lejos de desarrollarse, se ignoraba por eso lo corriente que es la costumbre de sangrar al ganado entre los pueblos pastores nilóticos, como entre otros, los hima del noreste de Ruanda o los dinka, shilluk, anual y nuer del Sudán. Si así no hubiera sido, es de imaginar que algún otro asistente a la reunión, agregara estas referencias.³ Respecto de estas cuestiones, Evans Pritchard ha dicho que los nuer “extraen sangre

destino de los indígenas amazónicos que cayeron en manos de soldados misioneros y colonos blancos: desaparecieron.” (Diario El Comercio, Quito, 1 de mayo de 1982).

2. Marvin Harris *Bueno para comer-Enigmas de alimentación y cultura*, trad. De Joaquín Basarán y Gonzalo Gil Catalina, ALIANZA EDITORIAL, Barcelona, 1981

3. Jacques Maquet *Les civilisations de L'Afrique noire*, Horizons de France, París, 1977.

del pescuezo de sus animales, lo que constituye un artículo suplementario de su dieta en los campamentos de la estación seca”.⁴

Cosas equivalentes se han contado de los indígenas que ocuparon las pampas argentinas, pero todos esos ejemplos indican que la sangre se consumía como alimento y especialmente, como forma de paliar la falta de agua. Por eso, esta motivación difícilmente podría tener lugar entre los charrúas, cuyo hábitat se caracteriza justamente por rebosar de cursos de agua; además, con la introducción de los vacunos y equinos europeos, los indios contaron –por lo menos hasta que el desarrollo de una ganadería más racional lo restringió– con abundante ganado chúcaro que podían abatir a su antojo y sin dificultad, antes de sangrar a sus propias cabalgaduras. En el cuento se sugiere sin embargo que la deglución de sangre fresca no se hacía porque atenaceara la sed sino por simple glotonería, como la que se atribuye al Gral. Rivera.

Por otra parte empero, la hemofagia entre los charrúas resulta más que dudosa puesto que los escasos autores que a ella se refirieron, no fueron testigos directos del hecho y por consiguiente lo que hicieron fue repetir historias que otros les contaron, llevados por la intención de acentuar la desaprensión y la brutalidad de aquellos indios. El primero que dejó una referencia sobre este tópico fue José Brito del Pino, militar ayudante del Gral. Rivera en la guerra por la independencia contra el Brasil, quien vio a un grupo de charrúas en enero de 1826 al norte del río Yi; en sus memorias de esos años consignó que

*“Me aseguran que su mejor regalo es atar un potrillo entre dos palos de modo que no pueda moverse y en ese estado le hacen en las arterias yugulares una incisión con un punzón grueso; el chorro de sangre que salta es recibido con el mayor placer en la boca de aquellos caribes hasta que (el animal) muere desangrado.”*⁵

Esta idea volvería a aparecer en un trabajo de Pablo Lavalleja Valdés publicado por primera vez en 1937, quien a partir de memorias orales de familiares y antepasados, aseveró que

*“... el indio desde su potro saltaba sobre el animal elegido y de arriba lo ultimaba; a veces aplicaba sus labios al tajo de la degolladura y bebía el líquido que escapaba hirviendo de la herida, hasta que harto de sangre, caía a tierra con el animal sacrificado.”*⁶

Es necesario que a esta altura algo digamos sobre el horror que en los personajes del cuento de Mérimée provocaba la idea de beber sangre. Sin duda este elemento, que ha servido a tantísimos pueblos como señal de sacrificio⁷ –en muchos de los cuales se consumía la sangre de las víctimas propiciatorias– ha constituido igualmente para muchos otros un poderoso tabú; y no sólo como se sabe, para los judíos, musulmanes o Testigos de Jehová por razones teológicamente justificadas. En la prohibición estricta de consumir sangre, parecería que siempre alentara la concepción de su equivalencia con la vida, lo que se ha expresado en el orden simbólico de diversas maneras. Inclusive se

4. E.E. Evans Pritchard Los nuer, trad. De Carlos Manzano, ANAGRAMA, Barcelona, 1977.

5. José Brito del Pino *Diario de la Guerra del Brasil (1825-1828)*, Revista Histórica de la Universidad, año 2, N°8, Montevideo, 1910. Es significativo que este autor haya empleado para referirse a los charrúas el término “caribes”, vieja expresión surgida en los primeros tiempos de la conquista de América y precisamente en la región del mar Caribe, con la que se designaba a los indios que practicaban la antropofagia, deformada en “canibalismo”, lo que se veía como paradigma de ferocidad; esto descubre el propósito vejatorio de Brito del Pino respecto de los charrúas.

6. Pablo Lavalleja Valdés *Los últimos charrúas*; este texto se encuentra en “Historias de ‘aquella gente gandul’”, Renzo Pi, Ed. FIN DE SIGLO, Montevideo, 1999, pp. 181-185.

7. Sobre el sentido de los sacrificios cruentos, v. el clásico *Essai sur la nature et la fonction du sacrifice* de Marcel Mauss (*L'Année sociologique*, 2, 1899) Valiosas reflexiones sobre este tema se encuentran en René Girard *La violencia et le sacré* (Edit. Bernard Grasset, París, 1972).

la llegó a considerar como soporte de la fuerza vital, por lo que en muchas culturas se la ha dado a beber como medicina a los débiles y a los enfermos; aún en nuestro propio medio y en las primeras décadas del siglo XX, en época previa al descubrimiento de los antibióticos, se recomendaba a los tuberculosos beber la sangre fresca de los vacunos faenados para recuperar la salud y la energía perdidas.⁸

No obstante, en el relato de Mérimée se agrega al sentido de la tabuización de la sangre otro elemento de repulsa: que fuera de caballo. En este sentido, los pueblos de mundo pueden dividirse —como lo ha señalado el ya citado Marvin Harris— entre los que aprecian la carne de este animal y los que vehementemente la rechazan, como parecen haber sido los invitados del conde Szémioth. Los franceses, tan aficionados a esta vianda, no siempre lo fueron y esta costumbre al parecer se impuso después de la desastrosa campaña de Napoleón en Rusia, primero, por imperiosa necesidad de los famélicos soldados y luego por considerarse que esta carne era más sana que otras y que su ingestión protegía del escorbuto. Uno de los principales defensores del consumo de carne de caballo, fue el doctor Dominique-Jean Larrea, cirujano jefe de los ejércitos napoleónicos; en el mismo bando se alineó el naturalista Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire. Acaso no resulte ocioso recordar que el tema de lo apetecible o repugnante —y repudiable— en materia alimenticia, ha preocupado sobremanera a los antropólogos⁹ ya que sobre todo, es un asunto “bueno para pensar” en los vericuetos de la cultura, como lo ha puesto de manifiesto el ya mencionado Marvin Harris.

36

Volviendo a la comentada obra de Mérimée, la referencia a “Don Fructuoso Rivera, presidente de la República”, muestra a las claras que nuestro autor se basaba en noticias de comienzos de los años 30 del siglo XIX, cuando aquellos infortunados charrúas fueron expuestos en París, aunque la acción del relato esté situada tres décadas después. Llama la atención que Mérimée no haya corregido tiempos, ya que pone en boca de Wittenbach la afirmación de que estaba unido por una amistad considerada presente con Rivera, eludiendo el hecho de que éste había fallecido en 1854 y que en 1866 —año en que transcurre la acción del relato— el presidente de la República Oriental del Uruguay (que es correctamente mencionada y que no es situada, como tantas veces, “en el Paraguay”), era el Gral. Lorenzo Batlle.

Seguramente Mérimée no pudo sospechar siquiera lo jocoso que resultaría a sus eventuales lectores uruguayos, la pintura que hizo del agauchado Rivera, de persistentes hábitos rurales y cuya rudimentaria instrucción tuvo entre otras cosas reflejo en la enrevesada ortografía de sus escritos, como “un hombre distinguido, un espíritu superior”, describiéndolo como un refinado dandy que, vestido de punta en blanco y en camino de pronunciar un descollante discurso ante el Parlamento, hace un alto en su camino para degustar goloso la sangre de un potrillo...

El fragmento de *Lokis* que introduce como de casualidad el tema del vampirismo, central en el relato y en el que se inscribe esta humorada del autor sobre el uso de

8. Sobre los múltiples —y ambiguos— significados atribuidos a la sangre por diversas culturas y en distintos tiempos, cfr. Jean-Paul Roux *Le sang. Mythes, symboles et réalités*, Librairie ARTHEME FAYAR, París, 1988.

9. En este sentido, recordemos apenas dentro de una larga lista, a Claude Lévi-Strauss y dentro de su vasta obra, títulos como *Le cru et le cuit* (PLON, París, 1966), *Du miel aux cendres* (PLON, París, 1968) y *L'Origine des manières de table* (PLON, París, 1971).

Desde luego, cabe tener muy presente a Marvin Harris por sus libros: *Vacas, cerdos, guerras y brujas: los enigmas de la cultura* (trad. De Juan-Oliver Sánchez Fernández, ALIANZA EDITORIAL, Madrid, 1980), *Canibales y reyes: los orígenes de la cultura* (trad. De Horacio González Trejo, SALVAT, Barcelona, 1986) y el ya citado *Bueno para comer: enigmas de alimentación y cultura*.

No debemos por cierto dejar de lado a Jack Goody *Cocina, cuisine y clase* (trad. De Patricia Willson, GEDISA, Barcelona, 1995)

También cabe tener en cuenta por su enfoque que aún lo antropológico con lo histórico, el copioso libro de Mague-lonne Toussaint-Samat *Histoire naturelle & morale de la nourriture* (Bordas, Pasis, 1987, 3 ts.

beber sangre entre los uruguayos (indios o criollos), fue traducido por Jacques-André Duprey¹⁰ quien además lo comentó con un dejo de indignación por lo que esas historias de presidentes que se solazaban con la sangre de sus corceles podía significar para la imagen que los conocedores europeos de la obra de Mérimée se hicieran de este país. En tal sentido, dice que “A través de tales descripciones, los lectores no podían sino hacerse una muy extraña idea del Uruguay”.

Lokis ha sido traducido por entero por Marcos Fingerit¹¹; esta es la versión que hemos elegido para la transcripción del fragmento en cuestión, aclarando que las palabras que aparecen en cursiva, figuran así en el original en francés.

Y ya es pues momento de reproducir estas páginas y de disfrutar de la creación de Mérimée, dejando de lado cualquier fastidio provocado por la falsedad de lo narrado.

.....

El almuerzo fue muy animado. El general nos dio noticias interesantísimas en torno a las lenguas habladas en la región del Cáucaso. Yo mismo fui obligado a hablar de mis viajes, pues el conde Szémióth me había felicitado por mi modo de andar a caballo, por lo que debí explicar que, encargado por la Sociedad Bíblica de un trabajo sobre la lengua de los charrúas, había pasado tres años y medio en la república del Uruguay, casi siempre a caballo y viviendo en las pampas en medio de los indios. Y así fue que me indujeron a referir cómo, encontrándome desde hacía tres días sin víveres ni agua, me vi obligado a comportarme como los gauchos que me seguían, es decir, a sangrar a mi caballo y beber un poco de sangre.

Todas las señoras tuvieron un movimiento de horror. El general observó que también los calmuco tenían la misma costumbre en circunstancias semejantes. El conde me preguntó cómo había encontrado aquella bebida.

37

“Moralmente”, contesté, “me repugnaba de modo indecible; pero físicamente me causó gran alivio y gracias a ella hoy puedo tener el honor de sentarme a esta mesa. Muchos europeos, quiero decir blancos que viven en aquellas tierras, se habitúan y hasta se sienten atraídos por ella. Mi excelente amigo, Don Fructuoso Rivera, presidente de la República, rara vez pierde la ocasión de satisfacer tal deseo. Recuerdo un día en que yendo a la Cámara de gran uniforme, pasó ante una ranchería donde desangraban a un potro. Se detuvo, bajó del caballo para pedir un chupón, un trago; luego de lo cual pronunció uno de sus más elocuentes discursos.”

“¡Era un monstruo abominable vuestro presidente!”, exclamó la señorita Iwinska.

“Perdonadme, querida amiga”, le respondí, “era por el contrario un hombre distinguido, un espíritu superior. Habla de manera maravillosa muchos idiomas indios difícilísimos, sobre todo el charrúa, a causa de las innumerables formas que sume el verbo, según sea directo o indirecto o también según las relaciones sociales que existan entre las personas que conversan.”

10. Jacques-André Duprey *Uruguay en el corazón de los franceses*, EDICIONES DEL BICHITO, Montevideo, s/d (1994), tomo 1. En 1997 esta obra se reeditó por la misma editorial y también apareció su versión en francés.

11. *Vampiros – Una antología de los maestros del género*, versiones al castellano de Marcos Fingerit (SUR, Buenos Aires, 1961).

Estaba por explicar algunos detalles muy curiosos del mecanismo de los verbos charruás, cuando el conde me interrumpió para preguntarme por cuál parte del cuerpo se debía sangrar a los caballos cuando se quería beberles la sangre.

“Por amor de Dios, querido profesor”, exclamó la muchacha con un aire de cómico terror, “no se lo digáis. ¡Es capaz de matar toda la caballeriza y de comer a sus amigos cuando no haya más caballos!”.

Tras la chanza, las señoras abandonaron la mesa riéndose, para ir a preparar el té y el café, mientras nosotros nos quedábamos a fumar.